Guzman y el asesino, ocultos con el temblor del crimen, tras un estribo de la tapia, á unos cuantos pasos, pudieron escuchar la airada voz que los amenazaba.

Cristóbal fué trasportado por el pronto á la habitación del jardinero.

Pocos instantes después el jardín se llenaba de caballeros y de algunas señoras que habían abandonado el baile para enterarse mejor de lo que pasaba.

Urrutia, presa de una grande desesperación buscaba todos los medios para reanimar al amigo querido cuya herida era, al parecer de suma gravedad.

Con la ayuda de dos ó tres caballeros amigos suyos Urrutia pudo conseguir de llevarse el herido á su casa.

El escándalo fué grande; cada cual explicando á su manera el suceso, y los comentarios fueron muchos y varios.

Berenguela al conocer el triste desenlace del duelo se desmayó y tuvo que ser llevada á su abitación donde, ya vuelta en sí, rompió á llorar sin que los consuelos de su tía, doña Fuensanta pudiesen devolver la calma á su corazón.

IX.

Al día siguiente don Antonio de la Mota hizo llamar Berenguela á su despacho.

El semblante del alcalde ya no era el mismo y su palidez revelaba claramente cuan hondo era el pesar que embargaba su corazón. El golpe recibido había sido demasiado terrible para él.

El ridículo había caído sobre su casa, su misma situación e influencia estaban seriamente comprometidas y nada de bueno se reprometía de lo que había pasado la noche anterior por causa de su hija, de aquella hija que tanto querría.

Así es que cuando Berenguela se presentó delante de él, la recibió tan fríamente que la pobre niña bien comprendió de haber perdido, acaso para siempre, el cariño de su padre.

Don Antonio apenas miró á su hija y con voz de cólera le dijo:

—Después de lo que ha pasado anoche en mi casa por vuestra culpa, creo inútil deciros cual es la resolución que he tomado respectos á vos, porque me figuro que ya la habréis adevinado. Dentro de ocho días ¿entendéis? estaréis en un convento. Ya podéis preparaos para salir de esta casa.

Y sin más palabras se salió de la habitación Berenguela conociendo el carácter de su padre no intentó siquiera ablandar su corazón con ruegos ni con lagrimas y se volvió á su habitación donde pasó todo el día llorando sin que su tía pudiera aliviar sus penas.

Por la noche recibió una carta.

Era la hermana de Cristóbal que la escribía.

Berenguela, apenas hubo leidos los primeros renglones se puso á temblar y las lagrimas le impidieron de continuar la lectura de la carta.

Doña Fuensanta se acercó á ella, y Berenguela le dió la carta para que la leyera, pero la pobre señora que no intendía la letra aquella, decía un disparate á cada palabra.

Cualquiera, á no ser esa joven que estaba mortal, hubiera sonreido con los disparates de doña Fuensanta.

—A ver, tía, volvió á decir la joven tomando el papel y leyendo con labios trémulos:

«Señorita: mi hermano está muy grave y no puede escribiros sino valiéndose de mi. Dice que morirá en la desesperación si Dios no le concede estrecharos la mano antes del viaje que le espera. ¿Podríais venir, señorita? un moribundo, una hermana infeliz que le ve morir... dos pobres que os aman os lo súplican por la memoria de vuestra madre. *María.*»

—¿Ah el joven ese?.. exclamó la tía. ¿Y qué quieres que yo haga?

—Acompañarme.

—¿Cómo?., á estas horas...

—O prometerme que no lo sabrá mi padre...

—¿Y que?.. si te busca...

—Le diréis... nada... le diréis qualquier cosa, nada importa...

Berenguela se dirigió á la puerta.

—¡Paro niña! por Dios, exclamó Fuensanta ¿qué locura se te ha metido en la cabeza? ¡aguarda!

La joven se precipitó en la estancia inmediata sin escuchar estas palabras.

—¡Tente niña!.. ¡qué muchacha!.. ¡espera!.. !iré contigo! gritó la tía con más fuerza; y después arrebatando un manto que pendía de una columna de la cama, y arrastrándolo por una punta, siguió á grandes trancos el camino de Berenguela.

X.

Cristóbal con dos heridas en el muslo, y una, la más grave, en la parte superior de la cabeza, no sentía que se mitigaban sus dolores sino para entrar en la peligrosa excitación de estraños delirios.

Una niña velaba junto á su lecho.

María, hermana del enfermo, hermosa y afligida sostenía aquella cabeza envuelta en sangrientos bendajes, la acercaba á su seno y ponía en aquellos labios delirantes la cuchara que temblaba en sus manos.

Un indio casi desnudo que servía de criado, alumbraba lleno de silenciosa comiseración aquel cuadro de cariño y de amargura.

Pareció que Cristóbal se serenaba. Fué reclinado suavente en las almohadas, y bien cubierto, excepto el brazo, que ansioso de frescura, se empeñó en permanecer fuera de los cobertores.

—Vaya... así lo dejaremos, dijo María en voz muy baja, quiera Dios Nuestro Señor, que pase la noche con sosiego.

—¿Trajiste la bebida? añadió dirigiéndose al azteca.

—Sí...

—Bueno. Puedes acostarte, yo te llamaré si se ofrece.

El sirviente, después de haber colocado la luz sobre la mesa cubriéndola de modo que no diera sobre el rostro de Cristóbal, se retiró sin que sus pasos produjeran el menor ruido.

María temó un libro y se sentó á leer.

Así permaneció mas de una hora.

De cuando en cuando el enfermo lanzaba un suspiro, movía el brazo, y pronunciaba palabras confusas. Entonces la joven sin apartala vista del libro, suspendía la lectura y recogía, conteniendo las palpitaciones de su corazón, aquel rumor, acaso el diálogo que traba el moribundo, en el silencio de la noche, con alguien invisible que viene á sentarse junto al lecho para hablarle de la eternidad.

Sonó un aldabazo en la puerta de la calle.

María levantó la cabeza.

—¿Quién será? dijo.

Oyose otro aldabazo.

La joven se dirigió entonces á la pieza inmediata, abrió una ventana y miró.

Un embozado que apenas podía distinguirse á la vaga luz de las estrellas, era el que llamaba con tal empeño.

—¿Quién sois? le gritó María.

El hombre vino al pie de la ventana, y acercándose hasta tocar la pared con el pecho, respondió tan bajo como le fué posible para no ser oído sino de la joven.

—¡Yo, María! necesito hablarte.

—¿Como? ¿sois vos?

—¡Abre, por Cristo! yo te esplicaré todo...

—Voy... sí...

María cerró la ventana, pasó racatadamente por la pieza de Cristóbal, descendió la escalera, atravezó un patio y abrió inmediatamente.

—¿Qué tienes? ¡por Dios! díjole al hombre que cerraba tras de sí el portón, ¿te ha sucedido algo?... habla.

—Sí.... me persiguen.... quiero que me ocultes donde puedas, donde no pueda hallarme nadie...

—¿Pero qué?.. ¿por qué?.. ¿qué has hecho?...

—Vamos arriba.

María seguida por el desconocido comenzó á andar, lleno el pecho con la dolorosa inquietud que la hacía olvidar por un momento la imagen y los dolores de su hermano.

—Descansa, le dijo cuando llegaron á una pieza, vienes muy agitado... aquí no hay peligro, ¿qué tienes?

—Nada: enemigos, ¡desgracia... maldición! exclamó el otro descubriéndose.

Era Guzman.

—¡Explícate, por Dios! dijo María tomándole una mano que quedó entre las suyas fría y como inanimada.

Iba á replicar Guzman, cuando en la puerta de la calle sonaron varios golpes.

—¡Llaman! dijo estremeciéndose.

—Sí...

—No abras...

—Veré por la ventana.

María corrió á asomarse, y en el mismo sitio donde poco antes viera al caballero, notó que había dos damas.

—¿Quién es? dijo Gusman cuando la vió volver.

—¡Silencio!.. respondióle María: ocúltate en esa pieza.

—¿Pero... quién es?

—Ocúltate... no es cosa de cuidado... es una señorita que viene á ver á mi pobre hermano.

—¿Tu hermano?..

—¡Silencio!..

La joven tomó la luz y bajó rápidamente por la escalera.

Guzman quedó á oscuras y siempre bajo la influencia del terror, ó de ese atarantamiento que había mostrado en sus palabras y sus ademanes. Tanteando las paredes, halló una puerta que cedió á un leve impulso de sus dedos, y se encontró en una pieza débilmente alumbrada por una lámpara oculta tras de los libros que servían de pantalla.

Se respiraba allí ese aire denso, caliente, inmóvil de un dormitorio, y ese olor estraño, que mezcla el aroma del alcánfor, del éter, ó de un bálsamo, con las fétidas emanaciones que despide el lecho de un febricitante.

Dejaronse oir en la pieza contigua las voces de María y de las damas que acababan de entrar.

—¿Y no ha despertado? dijo una voz donde Guzman creyó reconocer el acento de Berenguela.

Venid, señorita, replicó María, podemos despertarlo...

—¡No! no lo mováis...

—¡Si os viera!.. ¡oh! veréis como vuestra presencia lo reanima.

—Mirad si no duerme...

María se dirigió á la puerta, seguida de las dos señoras.

Guzman no tuvo sino el tiempo excesivamente corto para ocultarsa tras de la mampara.

Cuando esta se abrió quedó cubierto.

Cristóbal, que dormitaba, abrió los ojos, y vió que tres sombras se acercaban á su cabecera.

—¡Cristóbal!.. dijo María, inclinándose sobre él, ¿duermes?

—No, replicó el enfermo débilmente, procurando sentarse.

—¿Se han calmado un poco?

—Sí.

—¿Conoces á la señorita?

—¿Cuál?

María tomó la luz y alumbró el rostro de Berenguela.

Cristóbal arrugó los párpados como herido por el resplandor, levantó un poco el lienzo que le cubría la frente, y procuró examinar la fisonomía de la joven.

—¿La conoces? volvió á decir María.

—¡Cristóbal!.. dijo Berenguela, poniendo su mano sobre la del herido.

Este exhaló un suspiro: después se arrebujó en las sábanas, como si quisiera continuar el sueño, y permaneció quieto algunos instantes.

—Malo, malo, malo, dijo moviendo la cabeza, una de las damas en cuya voz reconoceríamos á la tía doña Fuensanta.

Entretanto, su infeliz sobrina miraba á María con los ojos llenos

de lágrimas, y María la miraba á ella poniendo en los suyos, secos por largas noches de llanto, la expresión de una gratitud infinita y de un sufrimiento sin esperanza.

—¡María! gritó Cristóbal, sentándose repentinamente: ¡mi espada!.. ¡pronto!.. ya vuelve ese traidor, y estoy desarmado... ¡atrás!.. !ay del que me hiera por la espalda!..

—¡Señorita! ¡por Dios!.. exclamó María, luchando contra el joven que pretendía ponerse en pie: Cristóbal, sosiégate... no viene nadie.

—¡Aparta!.. ¡aparta!

—¿No hay vinagre? preguntó doña Fuensanta con exaltación.

—No, dijo María, sin cesar de contener á Cristóbal... mirad, ahí está la hebida... junto al tintero.

Berenguela se precipitó á la mesa, tomò la botella que estaba en el lugar designado, y á una nueva observación de la joven, vertió en la cuchara hasta llenarla, un líquido claro y ligeramente aromático.

—A ver, dijo, yo so la daré... dadle á mi tía la lámpara...

Después se acercó al enfermo. En aquel instante resonó per tercera vez la puerta de la calle.

Las tres damas se enderezaron á un tiempo y se miraron de un modo tan raro, que solo puede comprender el que hallándose en el alegre hogar, departiendo con su familia, ve el primer efecto de esta palabra: ¡tiembla!

—¡Dios mío! dijo Fuensanta, acaso nos buscan á nosotras.

—¿Qué hacemos? añadió Berenguela.

—¿Qué hacemos? repitió María.

—¿Qué hago yo? ¡por Cristo! murmuró Guzman desde su escondite.

Volvieron á llamar con más fuerza.

—¡Oh! yo veré, dijo la hermana del herido, esperadme... y se dirigió á la ventana que ya conocemos.

Había en el zaguan un grupo de hombres embozados. Uno de ellos, que era el que llamaba, oyó gemir los goznes al abrirse el postigo, entónces levantó la cara, y dijo con imperiosa voz:

—Abrid.

—¿Quién sois, señor?

—Abrid sin dilación, señora.

—¿Yo?...

—Abrid á la justicia, ó sois presa.

—¡Ah!... voy allá, señores...

La joven se apartó de la ventana, y llegó aterida de pavor á donde Berenguela y Fuensanta, inmóviles, blancas, azoradas, y casi próximas á desmayarse, preguntaban maquinalmente:

—¿Quién?... ¿quién es?...

Y les dijo:

—No... es á vosotras... estad quietas, buscan seguramente á un hombre...

—¿Pero qué?... ¿qué hombre es ese?

—¡Oh! no sé lo que será de mí...

—?Los habéis conocido?

—No... ¡tocan!... esperadme.

Nuevos golpes dados seguramente con el puño de una espada, retumbaban en la habitación.

María se precipitó por la puerta, que impulsada por la corriente de aire, estuvo á pique de cerrarse y descubrir á Tello de Guzman, el cual temblaba, pudiendo apenas dominar el terror que le infundían aquellos aldabazos.

La joven entró inmediatamente á la pieza donde suponía oculto á Guzman, y buscándolo con el objeto de prevenirlo, pronunció su nombre varias veces, y anduvo muchos pasos tentando las sombras.

No halló á nadie.

Parecióle que la presencia de su amante había sido un sueño.

—Pero no es posible... decía, hemos hablado... ¡ah!... ¡ahí está su sombrero!... añadió tocando por casualidad el que Guzman dejara encima de la mesa: ¡ah!... sí, se ha salido indudablemente por el patio... Señor mío Jesucristo, librale de sus enemigos; allánale un camino, por los dolores de ¡voy! señores... ¡voy!...

María le dió un grito á su criado, y bajó encomendándose á la Vírgen.

X.

El delirio volvió á apoderarse de Cristóbal, como si aquella cucharada hubiera elevado fuego á su cerebro.

Volvióse á sentar con la febril agitación, que devolvía por un momento, vida á sus ojos, fuerza á sus musculos, y á su voz un eco resonante.

—¡Dejadme!... decía, dejadme con cien legiones de demonios. ¿Queréis que no corte esa lengua? ¿queréis que me deje atacar por la espalda?... ¡vive Dios, dejadme!...

Fuensanta lo tomó por la cintura, y Berenguela procuraba aquietarlo con sus ruegos y sus caricias, teniéndolo casi reclinado en su brazo.

—¿Lo ves, niña? exclamó la tía ¿lo ves?... yo tengo la culpa: Dios me castiga indudablemente como la cómplice de tu desobediencia... ¿qué hacemos aquí espuestas á la cólera de tu padre, á las suposiciones de las gentes estrañas, al peligro inútil de contagiarnos, abrazadas con este hombre?

—Apartaos tía, yo lo tendré sola, replicó Berenguela, dejando ver tras de su aflicción un poco de sarcasmo... á mí no me intimida el contagio... harto he vivido para temer la muerte...

—¡Niña!... ¡niña!... tú te propasas...

—Bueno, dejadme, no espongáis vuestra salud por una persona que os es indiferente. Para mí es una obligación... es mi esposo... y aquí he de estar mientras no haya quien me arranque á fuerza de sus brazos.

—Esta niña está loca, señor.

—¡Vive Cristóbal! exclamó Cristóbal, cuyos ojos chispearon: acercaos más, señor Guzman... salgamos... no es este el sitio donde debéis hacer ostentación de vuestra fuerza... ¡María!... Berenguela... ¡teneos¡ ¡atrás, infame!... ¡atrás! ¡ah!... ¡maldito!

Al pronunciar esta última palabra, llevó las manos al bendaje, y lo arrancó violentamente. Un chorro de sangre se escapó de la herida, inundando sus espaldas, y los brazos de doña Fuensanta, y enrojeciendo el justillo de la joven, que sintió correr por su seno la onda hirviente de aquel líquido.

—¡Jesús! gritó la tía, ¡se muere!... un trapo... ¡agua! y se paró corriendo á revolver sobre la mesa todas las botellas. ¡Oh! no hay aquí nada: continuó con desesperación, y dirigiéndose á la puerta, ni una gota de nada... ¡qué gentes!... ténlo, apriétale con las sábanas... voy á buscar agua...

—¡Me muero!... exclamó Cristóbal, dejando caer los brazos y escondiendo sus pupilas sin brillo, tras el velo lánguido de sus párpados.

XI.

—¡Alto ahí! gritó á doña Fuensanta un hombre que la salió al encuentro en el pasillo de la escalera.

La señora dió un salto, y exhaló un grito parecido al que dan las personas nerviosas al contacto del agua fría; quiso articular algunas palabras, pero aquel hombre la afianzó de un brazo, la hizo dar media vuelta, y con voz áspera y aguardientosa, le dijo:

—Guiad.

—Pero señor, dijo Fuensanta pudiendo apenas destrabas las mandíbulas, vengo á buscar agua para...

—¡Silencio! guiad á la justicia del rey.

—Si yo...

—¡Adelante!

Nada valieron las protestas; aquel esbirro, sordo al clamor de la razón é insensible al llanto de la inocencia, empujó á la anciana delante de sus pasos.

Cuando llegaron á la primera puerta desenvainó la espada, y sacando una linterna que traía tapada con el ferreruelo, dijo á Fuensanta:

—¿Vais á decirme dónde tenéis oculto al asesino?

—¿Yo... caballero?

—Sí.

—Pero si... señor mío... si yo no soy de aquí... yo he venido nomás...

—Decid la verdad, ó esta noche dormís en un calabozo.

—La verdad, señor, os lo juro por Dios, es que no sé nada, y que seguramente me tomáis por otra persona.

—¿Os empeñáis en callar? replicó el hombre con ese tono inflexible aprendido en el tribunal de la fe, delante de una víctima en el tormento.

—Soy la hermana...

—Adelante, no me importa que lo seáis de Holofernes.

—!Oh! si no me dejáis hablar...

—¡Hola! ¡hola!... ¿qué es esto?... ¿á ver los brazos?... ¡ah¡ ¡esto es sangre!

—¡Por Dios, señor! mirad... venid...

—Silencio, vieja infame, ú os divido el cráneo. ¡Hola! añadió asomándose al patio, cuatro hombres arriba.

—¡Señor! exclamó Fuensanta ya mortal, no más está herido... os explicaré...

—¡Callad os digo! repitió el hombre blandiendo una ancha espada, ya se os pedirá explicaciones.

Dejóse oir por la escalera el sordo retumbar de muchas pisadas, y poco después aparecieron cuatro alguaciles con los aceros en la mano.

—Sujetad á esa vieja, les dijo.

Inmediatamente corrieron á ejecutar la orden.

—¡Señores! gritó Fuensanta, por compasión.

—Ponedle una mordaza.

—Si soy la prima de don. . . ¡señores! por Dios. . . .

No pudo concluir; dos dedos como tenaza la afianzaron por la nariz, y un pedazo de hierro se le atravesó en la beca, apartando los pobres dientes que le quedaban, y prolongando la comisura de sus labios hasta los oidos como en la risa de una máscara.

—Estamos arreglados, dijo el caudillo de los policías. Aguirre, cuida tú á esa bruja; Barrientos, tú en esta puerta añadió dirigiéndose sucesivamente á las personas designadas; vosotros dos venid conmigo.

Fuensanta quiso decir algo, pero sus lábios enroscándose en la mordaza con inútil esfuerzo, no pudieron juntarse para pronunciar una palabra de salvación; apenas salieron por su garganta algunos sonidos ásperos que expresaban la orrible angustia de su situación.

Uno de los centinelas dijo al otro:

—¿Barrientos, qué dice la bruja?

—No entiendo.

—¿Cómo, no entiendes el frances?

Y los dos se rieron de su chiste. En aquel tiempo, y todavía en la época de los últimos virreyes, el vulgo, creyendo que no había mas idioma que el nuestro, se reía del idioma extraño, considerándolo como una gerigonza, hablada solo por los locos ó los borrachos.

El jefe de la ronda penetró en la segunda pieza con los otros dos alguaciles.

A mano derecha, sobra la ropa desordenada de una cama, y colgando la cabeza hasta barrer el suelo con la cabellera, estaba Cristóbal; la camisa que pareció negra al principio, se vió á la luz de las linternas tinta completamente en sangre.

En el suelo estaba una joven, Berenguela, sin sentide y con el pecho, toda la parte anterior de los vestidos, y las manos también, teñidas en sangre.

—¡Dos cadáveres!... exclamó el jefe.

—¡Dos muertos!... repitió el otro asombrado.

—¡Oh¡ continuó el primero, después de examinar atentamente las facciones de Berenguela, y qué joven debió ser esta tan graciosa.—Alumbrad.

El alguacil aproximó la luz y dijo:

—¡Demonio! y se la dieron en medio del alma... qué lástima!...

si no es una profanación, mirad que pie tan delicado... qué pierna...

—Ea, cubridla con el vestido, y vamos á otra cosa; guiad por esa puerta.

Volvieron á la izquierda, y registraron la tercera pieza, que á poco abandonaron, no sin mover todos los muebles, y después de picar con las espadas toda la ropa de un perchero.

La pieza en que hallamos á Cristóbal no tenía mas que una mesa, dos sillas y el lecho, que ocupaban uno solo de los ángulos. Esto salvó á Guzman.

Aquellos hombres que vieron á la primer ojeada lo desierto del aposento, ó acaso satisfechos con haber encontrado allí algo, volvieron á pasar, y salieron sin registrar aquella puerta, como lo hubiera hecho cualquiera de su oficio.

La cuarta pieza fué también sometida á un cateo escrupoloso, después el corredor, la escalera y el patio.

Cuando Guzman tuvo la seguridad de que se habían alejado, se aventuró á dar un paso fuera de su escondite, y se introdujo en la habitación inmediata, la última, donde debía estar la ventana que era el camino de su salvación. Iba á observar la calle, cuando escuchó de nuevo los pasos, y se ocultó tras el perchero.

El jefe de la ronda volvió á entrar, cerró la ventana y se alejó haciendo lo mismo con todas las puertas. Llegando á la que daba sobre el corredor, cerró con llave, y descendió por la escalera arrebujándose en su capa. Poco después seguía por la calle, tras de una procesión formada por dos literas y nueve hombres.

XIII.

Serían las diez de la mañana.

Don Antonio de la Mota, sentado en un sitial junto á una mesa de su alcoba, con la frente sobre la mano, y el codo apoyado en la rodilla, parecía abismarse en pos de un pensamiento, ú ocultar las lágrimas de alguna pesadumbre llorada en el silencio, ó quizá el rubor de una dolorosa vergüenza.

—No es posible, decía, ne comprendo esto... ?con quién se ha marchado?... ¿por qué ha recurrido á ese expediente infame, digno solo de las mujeres tiranizadas, de la gente ordinaria, de las perdidas?... ¡oh! y esta vieja maldita... pero no... Fuensanta ha sido siempre un modelo de honestidad... era sua madre... ¿la habrán seducido?.. las mujeres se dejan seducir para todo.., pero no... no es posible... y luego... ¿«señores, no habéis visto por casualidad á mi hija que anoche no se quedó en casa?»... ¡qué vergüenza!.. ¿y adónde, adónde voy á preguntar?.. ¿á quién?... ¿de qué modo?

Quién sabe el tiempo que se hubiera prolongado este monólogo, si un criado empujando ruidosamente la puerta, no hubiera llegado casi hasta tocar al caballero, diciéndole:

—Señor, señor...

—¿Quién?... ¿qué quieres?

—Os busca... de parte del señor escribano.

—Que vuelva mañana.

—Os trae...

—Que no recibo á nadie.

—¡Os trae este papel¡.

—¿A ver?

Don Antonio desdobló una carta, y leyó lo siguiente:

«Señor D. Antonio de la Mota:

«Tened la bondad de pasar á esta vuestra casa para un asunto que atañe al honor y la tranquilidad de la vuestra. Venid á qualquier hora que hayais leido estas líneas.

«Seguid á mi criado.»

—A ver... ese criado, que pase.

El de don Antonio fué á llamarlo, y no tardó en presentarse.

—¿Sois vos el de esta carta?

—Sí, señor.

—Vamos.

Don Antonio se precipitó fuera de la pieza, dando gran trabajo á su sirviente que lo seguía gritando:

—¡Señor! olvidáis el sombrero.

Mota se lo puso, y comenzó á andar calles precedido por el portador de la carta.

XIV.

—¿Adónde estoy, Dios mio? había dicho Berenguela volviendo en sí, y al verse á oscuras.

Después se puso en pie, y comenzó á recordar vagamente lo que le había pasado. Su primera palabra no fué dictada por el amor sino por un miedo espantoso.

—¡Tía! dijo, dónde estáis?

Nada... un silencio como el del sepulcro devoró en la sombra sus palabras.

—¡Tía! volvió á decir adelantándose á tientas á donde recordaba haber visto la puerta; entónces vió de par en par la que daba sobre el corredor, y descubrió allá en el fondo el cielo tachonado de estrellas.

—¿Adónde estoy, Dios mío? ripetía cada vez más sobrecogida.

Una voz, la de Cristóbal, dejóse oir en este instante, débil y doliente como la queja, pero amorosa y tierna como el arrullo.

—¡María!...

—¡Cristóbal! exclamó Berenguela.

Entónces volvió á oirse la otra voz.

—¡Oh! ¿será un sueño?... ¡Maria!

Berenguela sintió algún consuelo viendo que estaba acompañada, y tuvo fuerza para responder; pero sin tener aún el uso completo de sus facultades.

—¿María?... ¡oh! no hay aquí nadie... no veo... se han ido todos...

—Por Dios, señora... dijo Cristobal ¿sois vos ó es el delirio?... ¿quién sois que habláis con ese acento consolador que da vida á mi espíritu? !acercaos, por piedad! permitid que os bendiga...

—Sí, Cristóbal, yo soy exclamó la joven acercándose al lecho, yo soy, pero no sé lo que me pasa... ¿adónde está mi tía?... ¿que ha sido de nuestra hermana?...

—Señora, estáis á mi lado, sois vos, es esta vuestra mano... seguid... no os apartéis de aquí... ¿por qué estáis trémula?...

—¡Oh!... Cristóbal... yo siento algo espantoso y amenazante en la oscuridad que nos rodea; hace poco hemos estado aquí las tres; yo esperé á que mi padre se durmiera para venir á veros...

—¡Cómo! ¿que horas son?

—No sé, han dado las doce de la noche...

—¿Las doce?... ¿y María?

—Ya os dije... tocaron... me acuerdo... os vino una hemorrajia; creímos que os moríais...

—¡Ah! ya sé, sí, debe haber ido á llamar al médico; así hace siempre.

Los dos jóvenes permanecieron un momento en silencio.

Crlstóbal respiraba con la convulsa precipitación del que duerme presa de una pesadilla, y la mano de Berenguela, que tenía estrechada contra el corazón, se movía al impulso de las palpitacious.

Ninguno podía explicarse claramente la situación en que se encontraban, y ambos dejaban errar el pensamiento en las vagas regiones de pavorosas conjeturas, sin más lenguaje que aquellas manos enlazadas, frías, que ya oprimiéndose con más fuerza, ya aflojando el lazo estrecho que las unía, se trasmitían no sé qué voces misteriosas del alma.

XV.

Sonaron las tres de la mañana.

Perdido ya el eco de las campanadas, sonó la puerta del zagnan, y se escucharon pisadas de hombre.

Poco después, en la otra puerta que daba al corredor, se perfilaron varios bultos, y la misma voz del jefe de la ronda que nos es conocido, exclamó en un tono de sorpresa:

—¡Han abierto!...

—¡Bah! os olvidaríais de cerrar, dijo otra voz.

—Han abierto, os digo; juraría por Dios que se nos ha escapado...

—¿Pero no buscásteis?

—He buscado hasta en la juntura de los ladrillos.

—¿Debajo de las camas?... ¿detrás de las puertas?...

—¡Ah! esperad... ¡soy uu jumento!... un... demonio... soy un imbécil. No cometería una distracción semejante el último de los corchetes.

—?Qué decís?

—?Creereis que no registré debajo de la cama? ¡Pesia á tal! no hay duda que el infame estaba cubierto con los dos cadáveres... no hay duda.

—Tal vez; ¿pero estáis seguros de haberlo visto entrar?

—Este, replicó el jefe señalando á uno de los alguaciles, y yo, lo hemos visto; esperé á que le abrieran para pescarlo como en una ratonera, ¿no es cierto?

El alguacil á quien iba dirijida esta pregunta, inclinó de un modo respetuoso.

—Entónces, dijo aquel que antes hablaba con el jefe, no debemos lamentarnos inútilmente; se ha escapado.

José de la Luz saltó sobre la primera piedra, se apoyó en la segunda y tendió su robusto brazo.

Cap. 12.º-1.
La primera generación.